

CHISPORROTEOS

Alberto F. Cañas

Conocí a Enrique Benavides cuando ingresé a la Escuela de Derecho. El estaba entonces en tercer año: un tercer año que reunía a gente de mucho calibre. Recuerdo de primera mano a Rodrigo y Gonzalo Facio, a Hernán González, Fabián Dobles, a Iver Romero. Ese grupo, ese tercer año, ejercía cierto liderato en la escuela, y se proyectaba por medio de una Asociación Cultural de Estudiantes de Derecho.

Ya para entonces, Benavides se destacaba por su lúcida inteligencia y por su condición de individuo informadísimo, debida sin ninguna duda, a otra: la de lector infatigable, omnívoro y asimilador.

**

La Guerra Civil Española, en todo su triste esplendor, les daba una causa común a los comunistas y a los no comunistas. Y los demás acontecimientos mundiales, como la temible expansión de los nazis y fascistas por Europa, contribuían a esa relación. No fue sino hasta el Pacto Molotov-Von Ribbentrop que se operó la escisión; y cuando, meses después, la Asociación de Estudiantes desembocó en el Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, nuestros compañeros comunistas no participaron, o se retiraron a poco correr.

**

La escisión se convirtió en ruptura, cuando el Partido Comunista pactó con el gobierno y se convirtió en el "brazo armado" de las huestes calderonistas.

**

Pero mientras la Asociación funcionó, y se reunía semanalmente para escuchar conferencias (de los asociados o ajenas), tuve la oportunidad de departir, de escuchar, de disentir (de discutir todavía no, que aunque ustedes no lo crean yo era entonces un novato poco audaz), y de estar de acuerdo con Enrique Benavides.

**

Allí fue donde comencé a admirarlo. Y esa admiración no decayó cuando nos vimos en aceras opuestas durante los espantosos días de la década del cuarenta.

**

Tampoco decayó mi admiración cuando, pasados los años, volvimos a encontrarnos y a relacionarnos. Ya para entonces él había abjurado del marxismo, y —para mi sorpresa— sostenía tesis conservadoras y se había colocado a la derecha de donde yo estaba.

**

Recuerdo que una vez le hice una alusión directa a ese detalle: estando yo en el Ministerio de Cultura, auspicié una reunión de escritores centroamericanos de la cual, como es inevitable, salieron pronunciamientos radicales, bravos y perceptiblemente infiltrados de marxismo. Enrique —que no perdía la oportunidad de chucear a sus amigos— preguntó, ante aquello, "dónde estaba el Ministro de Cultura". Lo llamé, conversamos un rato por teléfono, y le dije: "Y dejá de preguntar dónde estoy, porque estoy donde siempre estuve; lo que pasa es que antes vos me atacabas por un costado y ahora me atacás por el otro". Soltamos una buena carcajada los dos, y seguimos tan amigos.

**

En estos días se ha dicho mucho sobre su condición de conductor de opinión pública. Tanto, que no es menester agregar nada sobre ese hecho tan patente. Sobre lo que no se ha dicho lo suficiente, es sobre su talento de abogado y su hazaña de solucionar el crimen de Colima y obtener la libertad de los condenados por un error judicial. Sobre esto, siempre será poco lo que se diga.

**

Pero se me acaba el espacio, y todavía quiero decir algunas cosas sobre Enrique Benavides.